

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

Contrasueños*

Un colega me telefoneó para preguntarme si yo aceptaría que me remitiera a una familia del norte de Europa cuya hija, Patsy, de 19 años, había estado cometiendo algunos hurtos durante un tiempo. Mi colega había tratado a la hermana mayor, de 20 años, durante un largo período a causa de los problemas de depresión y de rebelión contra el padre, que la joven presentaba como consecuencia de que se le había exigido que estudiara entre tres y cinco horas diarias para preparar los exámenes de ingreso a la universidad. Felizmente, la muchacha se había repuesto y por entonces estaba siguiendo sus estudios en una universidad distante. Patsy tenía además un hermano menor, Peter, de 15 años. Acepté que me remitieran a la familia pero, realmente, me tomó de sorpresa la llamada telefónica que me hizo el padre esa misma noche. El hombre estaba tan consternado que habló unos buenos veinte minutos antes de que yo pudiera interrumpir su prolija enumeración histórica de todo lo que Patsy había hecho mal durante los últimos ocho años. Pero, súbitamente, Don cambió de tema para comentarme lo preocupado que estaba a causa de su presión sanguínea, tan incontrolable que había hecho que su médico ya le advirtiera que corría el peligro de un ataque fulminante. Finalmente, hizo una pequeña pausa que aproveché para entrar en la conversación. Le dije entonces que yo sólo podía ocuparme de la cuestión si Patsy me telefoneaba voluntariamente y deseaba reunirse conmigo, puesto que ya era una persona adulta. Le pedí luego que dejara de angustiarse hasta entonces. Una o dos horas después Patsy me telefoneó, preocupada por su padre, y me preguntó si yo podría ayudarlos, a él con su problema de presión sanguínea y a ella con su cleptomanía. Concertamos una cita a la que Patsy debía asistir con su familia.

*Publicado en *Dulwich Centre Newsletter*, febrero de 1986, págs. 5-10.

**Para el desarrollo de este caso se le debe mucho a las sugerencias creativas de Ann Epston.

Patsy era sorprendentemente bonita, pero no parecía tener ninguna conciencia de su apariencia atractiva. Era muy humilde y tenía pretensiones muy modestas. Trató de convencerme de que era incapaz de hacer algo bien. Abatida, me contó sus antecedentes de ratera. Aquello había comenzado cuando Patsy tenía 11 años hasta convertirse en un "mal hábito" desde aproximadamente los 14. La muchacha intentó durante tres años seguidos pasar los exámenes para obtener el certificado de la escuela secundaria y no aprobó catorce de las quince asignaturas. Don, el padre, no podía dejar de reiterarle lo preocupado que estaba por todo aquello que, según él, la llevaba a la "autodestrucción". Todas las noches, durante los últimos ocho años, soñaba que Patsy cometía alguna acción ilegal. Cada mañana le contaba detalladamente a la hija lo que había soñado la noche anterior y, desde que Patsy había dejado el hogar, nueve meses antes, le telefoneaba diariamente para pasarle su informe. La manifestación de sus sueños y la visión que tenía Don del sino funesto de Patsy eran algo que le pesaba profundamente. Le pregunté entonces qué pensaba de mi sino y él me dijo que yo estaba bien. Gayle, la madre, sentada con los labios apretados, parecía haber hecho un pacto de lealtad con su marido. También ella estaba preocupada por la alta presión de Don y dijo que el hecho de que Patsy se hubiese mudado había sido lo mejor para todos. Patsy aseguró que el haber dejado el hogar "me hizo más independiente y me metió en algunos líos". El "lío" resultó ser que la joven había sido despedida de dos empleos por hurto y que en una ocasión hasta fue procesada y convicta. De pronto Gayle rompió su silencio e hizo una acotación completamente fuera de contexto: afirmó que ya no limpiaba la casa tratando de satisfacer las exigencias de su marido y que ahora sólo pretendía alcanzar su propio nivel de limpieza. Luego Don me contó que su manera de conducirse en el trabajo le había traído como consecuencia algunas desavenencias con sus compañeros de tareas y que, en realidad, él se había establecido como técnico especializado en alta tecnología y trabajaba en su propia casa.

Patsy aseguró que trabajar en una institución geriátrica era gratificante. Supuse que ello se debía a que allí la muchacha no podía cometer errores; además, a aquellas personas a las que debía cuidar les bastaba con su gentileza y su juventud. Un mes antes, la directora del instituto la había acusado de robo, pero precisamente en aquella ocasión Patsy había sido inocente. Valientemente inició acciones legales a través del sindicato y fue rehabilitada. Identifiqué este acontecimiento como un punto crucial que representaba tanto un final como un nuevo comienzo. A Patsy le gustó esta idea y pareció sentirse aliviada. Inesperadamente nos contó que "había tenido una buena idea" que la impulsó a ir a una biblioteca "por primera vez en cinco años". Además, se había anotado en una agencia de modelos y había obtenido un primer trabajo para una empresa de ropa japonesa. Estaba

sorprendida y encantada con el hecho de que la agencia la hubiese aprobado, pero la acosaba el temor de seguir robando algo también allí. De todos modos, había decidido estudiar japonés y ansiaba visitar el Japón algún día. Hasta se había anotado en un curso nocturno de una institución superior local.

Decidí escribir separadamente a Patsy y a sus padres.

24 de julio de 1985

Querida Patsy:

Me agradó mucho conocerte y espero participar del proceso que te permita dominar tu hábito de robar. Me parece muy injusto que esa costumbre te haya estado dominando durante tanto tiempo y creo que ha llegado el momento de que seas tú quien tome el control de la situación. Hace un mes le pusiste un punto final y lograste resistir a la tentación, aunque no fue tarea fácil. Pero recuerda que si dejas de alimentar ese mal hábito lograrás debilitarlo. El hecho de haber estado a punto de perder tu trabajo te produjo un shock que resultó útil: ahora has descubierto que esa costumbre de robar puede acarrearle una mala reputación. Me interesó advertir qué orgullosa estabas de haber podido demostrar que eras inocente. Con todo, ahora sabes cuáles son los efectos secundarios de robar; una reputación que hace que todos desconfíen de ti y abriguen sospechas.

Desde que dejaste tu hogar, comenzaste a disfrutar de lo que implica "arreglárselas por sí mismo" y también comenzaste a estimarte más. Y aun cuando debiste pasar algunos altibajos, saliste de esas experiencias más madura y más prudente. No te sentiste abatida ni optaste por refugiarte en casa de tus padres. Ahora estás claramente llevando tu vida hacia adelante.

Haré una predicción sobre tu futuro. Creo que vas a ir descubriendo cada vez más quién y qué eres exactamente. Y vas a sentirte muy satisfecha de esos descubrimientos. Comenzarás a apreciarte progresivamente a medida que adviertas que los otros te estiman cada vez más. Entonces emprenderás nuevas iniciativas en tu vida, así como descubriste el interés que te despertaba el idioma japonés. Se te abrirán una cantidad de puertas, muchas de ellas completamente inesperadas. Pero en este momento, permite que el aprecio que sienten esas personas ancianas por tu gentileza y por cómo las tratas influya en ti. Permite que todo eso fortalezca este nuevo sentimiento de orgullo que experimentas.

Una manera decisiva de aumentar tu autoestima es terminar definitivamente con tu mala costumbre de hurtar. Te recomiendo firmemente que hagas lo siguiente sin pérdida de tiempo. Haz todo los intentos posibles para medir fuerzas con tu hábito. Colócate en situaciones de tentación todas las veces que puedas. Lleva contigo papel y lápiz y anota cómo con-

sigues vencer esa mala costumbre, qué pensamientos te pasan por la cabeza, cuánto tiempo empleas en dominar la situación y cualquier otro descubrimiento que hagas. Te ruego que durante este tiempo no les pidas consejo a tus padres. Cuando ganes, serás la única ganadora. Lo habrás hecho sola.

Cada fin de semana envíame tus anotaciones referidas a las victorias que obtengas sobre la costumbre de hurtar para que yo pueda revisarlas. Si quieres hacerme alguna consulta puedes llamarme al 606-569.

¡Buena suerte en tu misión! Una misión que puedes cumplir si te valoras y estás orgullosa de ti.

D. E.

La carta que envié a Don y Gayle era bastante parecida a la que escribí para Patsy, sólo que le agregué lo siguiente:

Les pido que hagan esto a fin de ayudar a Patsy en su empeño.

1. Quítense todo sentimiento de culpa. La culpa es mala para ustedes pero, lo que es más importante, es también mala para Patsy que está aprendiendo a forjar tu autoestima.

2. Durante tres meses no hablen con Patsy sobre hurtos.

3. Por una única vez háganle saber que puede contar con los consejos de su mamá y su papá o telefonar en caso de peligro de sucumbir si siente que su "mala costumbre" puede vencerla en una de las pruebas.

4. Sepan que Patsy se está sometiendo a tests y "soñando sueños" en los que derrota decisivamente su costumbre de hurtar.

Sin previo aviso empecé a enviarle (con intervalos de aproximadamente una semana) "sueños" a la joven.

30 de julio

Querida Patsy:

Soñé contigo y pensé que podía tomarme la libertad de escribirte y contarte lo que soñé. En mi sueño tú estabas muy orgullosa. Llevabas un ramo de flores y subías a uno de esos pedestales de las olimpiadas. Entonces alguien, a quien no pude reconocer, se acercó y te entregó una medalla de plata por haber ganado en alguna competencia. Una orquesta comenzó a tocar himnos nacionales y vi en tus ojos lágrimas de orgullo. Estrechaste con sinceridad y calidez las manos de quienes habían obtenido las medallas de oro y de bronce. Luego descendiste del podio; tu madre, tu padre, Claudia y Peter corrieron a abrazarte. Entonces me desperté.

Me parece que es un sueño interesante; espero que también te parezca lo mismo a ti.

¡Buena suerte en tu lucha contra tu mal hábito!

Sinceramente, D. E.

3 de agosto

Querida Patsy:

Tuve otro sueño y me pareció una buena idea escribirte y contártelo. Dicho sea de paso, no cejes en el buen trabajo que estás realizando contra el hábito de hurtar resistiendo las tentaciones.

En mi sueño, estabas entre muchas participantes de diferentes países que competían en un concurso internacional de belleza para Miss Universo o algún otro certamen parecido. Súbitamente, cuando anunciaron que eras la ganadora, reaccionaste de una manera completamente diferente de como lo hacen las ganadoras. En lugar de llorar de emoción y alegría, te encaminaste decidida hacia donde estaban los jueces y dijiste: "No acepto que me juzguen. Sí, es posible que sea bonita, pero soy algo más que la idea que ustedes tienen de una mujer. Soy una heroína. Vencí la costumbre de depender únicamente de las opiniones que los demás tengan de mí. Sé exactamente quién soy y qué soy. Soy yo misma". Todas las demás participantes estaban asombradas por lo que decías y hacías. Habían estado tan desesperadas por ganar y ser juzgadas... Pero al ver cómo reaccionabas tú, también ellas se tornaron más valientes y desafiantes. Te rodearon diciendo: "Estamos contigo, Patsy. ¡Estamos contigo!". Cuando las jovencitas se calmaron, tú les dijiste: "Todas somos ganadoras. No necesitamos que nos juzguen". Hasta el público comenzó a vitorearte, pero los jueces te miraban enojados y luego solamente confundidos.

Espero que no te moleste que te cuente mis sueños. Si te molesta, házmelo saber.

Sinceramente, D. E.

13 de agosto

Querida Patsy:

Me siento un poco incómodo pero tengo que admitir que anoche volví a soñar contigo; de todos modos, pensé que debía contártelo para alejarlo de mi mente. En este sueño estabas trabajando en la India con la Madre Teresa y con personas agonizantes. ¿Has oído hablar de la Madre Teresa? Su bondad es bien conocida en el mundo entero, precisamente a causa de las pobres condiciones en que trabaja en Bombay. En mi sueño la Madre Teresa te acompañaba a un aeropuerto de la India. Habías trabajado a su lado durante un año y regresabas a tu casa de Nueva Zelanda.

Cuando estabas por entrar en la sala de embarque, la Madre Teresa te retuvo y te dijo: "Eres una muchacha de gran corazón que te preocupas por los demás. En tu vida serás conocida por tu amor y sensibilidad hacia el prójimo. Ahora ve a vivir tu vida con mi bendición".

Te prometo que voy a tratar de dejar de soñar contigo. Estoy seguro de

que podré hacerlo cuando sepa que has logrado vencer tu costumbre de hurtar. Continúa esforzándote en tu empeño y comunícame las novedades.

Sinceramente, D. E.

Patsy me respondió con una carta fechada incorrectamente el 30 de julio:

Estimado señor Epston:

Deseo agradecerle las cartas que recibí la semana pasada. Desde nuestro encuentro pensé mucho en mis malos hábitos.

He estado haciendo compras regularmente en lugares donde la tentación era muy grande, pero siempre resistí (hasta ahora todo va bien).

Cuando el solo pensamiento de hurtar entra en mi cabeza, simplemente para probar, inmediatamente no pienso nada, pero si espero y reflexiono un poco más, deseo no haber tenido siquiera la idea; eso es lo que quiero lograr. Me pregunto si a los demás les pasa alguna vez, digo, si alguna vez tienen la tentación o si la idea ni siquiera les entra en la cabeza.

Gracias por relatarme su sueños, desearía que fueran verdaderos. No creo que nunca pueda ganar una medalla por lograr algo, aun cuando conseguí hacer algunas cosas nunca fui tan buena como los demás.

Esto es todo lo que le puedo decir de lo ocurrido esta semana; volveré a escribirle después de otra semana de tentaciones.

Le respondí el 4 de agosto:

Querida Patsy:

Muchas gracias por tu informe. Te expusiste muchas veces a grandes tentaciones y, evidentemente, lograste grandes victorias contra tus "dedos pegajosos". Continúa practicando tus paseos de compras. Por lo que me cuentas estás logrando dominar tus malos hábitos y vas en camino de romper con ellos. Pronto lo harás y será para siempre. Por decirlo así, estás escribiendo un nuevo capítulo de tu vida que podría titularse "Cómo vencí mi costumbre de hurtar". ¿Has tenido algún síntoma de retroceso? Cuando te apartas de la influencia de algo, puedes sentir una especie de resaca. Puede parecer algo malo, pero si te mantienes firme, esa sensación pasará como pasan las resacas reales. ¡Continúa con el buen trabajo que realizas! Espero tener pronto noticias tuyas.

Eres una persona verdaderamente humilde, una cualidad que admiro. Puedes llegar a ser mejor que el mejor, precisamente porque eres tan modesta respecto de tus virtudes.

Sinceramente, D. E.

Patsy me respondió el 13 de agosto:

Estimado señor Epston:

Gracias por todas las cartas que recibí estas últimas semanas, me da mucho gusto que alguien tenga fe en mí.

La semana pasada todo marchó mejor; fui a muchas tiendas y no siempre se me cruzó ese pensamiento, lo cual espero que sea una buena señal.

Pensé mucho en esto, pero supongo que la única persona que puede resolver ese problema soy yo, aunque no podría hacerlo sin el aliento de los demás.

En realidad no tengo gran cosa para contarle esta semana, porque tuve muchas otras ideas en mi cabeza. No sé si eso es bueno o malo.

Le pido disculpas por no haber escrito antes, volveré a hacerlo pronto.

Le respondí el 17 de agosto:

Querida Patsy:

El hecho de que hayas ido de compras y el pensamiento de hurtar ni siquiera te haya cruzado por la cabeza, no sólo es una buena señal sino que es una prueba convincente de que ya está a la vista la luz que se halla al final del túnel. ¡Felicitaciones! Creo que la costumbre de robar ha sucumbido ante tus nuevos pensamientos y tus nuevas ideas acerca de ti misma. Ese hábito te presentó una batalla sin cuartel, pero luego, cuando decidiste enfrentarlo con todas tus fuerzas, tuvo pocas oportunidades de sobrevivir. El hábito de robar se alimenta de la debilidad y huye de la fuerza. Ahora sabes que eres más fuerte de lo que creías. Ponte orgullosa de tu fuerza personal porque siempre será una buena amiga. Si respetas tu fortaleza, los demás también lo harán.

Espero encontrarte pronto para ver con mis propios ojos lo que ya sé que ocurrió contigo.

Sinceramente, D. E.

Esperé ansiosamente el reencuentro con Don, Gayle y Patsy. Patsy habló sin timidez de su "curación" mientras sus padres la miraban admirados y orgullosos. Cuando me volví hacia ellos, me dijeron que habían notado casi inmediatamente muchas diferencias. Cada uno había preparado un pequeño discurso que ponía de manifiesto el nuevo nivel moral alcanzado por la hija. Hice un resumen de la reunión y envié una copia a Don y Gayle y otra a Patsy.

29 de agosto

Queridos Don y Gayle:

Quedé muy satisfecho del encuentro que tuve con ustedes y Patsy el 26 de agosto. Me agradó saber que Patsy ha logrado dominar ese mal hábito que la mantuvo sometida durante ocho años. Gran parte del mérito les corresponde a ustedes que siguieron preocupándose por ayudarla y nun-

ca cejaron en esa misión. No es extraño, Don, que usted haya tenido intuiciones y malos sueños durante aquel período. Por lo que a mi respecta creo que Patsy está "curada" y creo que usted lo sabía antes que yo. Lo demostró al dejar su empleo y al defender la idea de que Patsy "decidiera por sí misma". Ella pudo darse cuenta entonces de que su mala conducta "era una debilidad que ejerce su control sobre mí" y de que debía librarse de tal debilidad por sí misma. El problema consistía en que Patsy no creía en sí misma.

Don, usted dice que observó un cambio "de la noche a la mañana". Patsy descubrió que tenía todo el derecho de creer en sí misma y, lo que es más significativo, ella misma se puso a prueba yendo a comprar a las tiendas como yo le aconsejé y como ella misma creyó conveniente. Además, decidió volver al night-club adonde le habían prohibido la entrada por ratera y hasta quiso contarles a sus nuevos amigos su pasado de ladrona. Fue mucho más allá de lo que yo hubiera imaginado. Gayle, usted advirtió que Patsy había comenzado a visitarla más regularmente, que estaba más cariñosa, más dispuesta a colaborar y que ya no manifestaba señales de depresión. Don, usted se dio cuenta de que Patsy se mostraba más relajada y que había vuelto a ser "la misma Patsy resplandeciente de antes". No es extraño que su sino nefasto haya cambiado. Usted está en lo cierto, Don: "las cosas volvieron a encarrilarse" y ella logró "revertir el proceso". Como ustedes, yo también noté que la autoestima de Patsy creció. Pueden ver que una cosa lleva a la otra; todas las antiguas amistades de Patsy regresaron y ella rompió su noviazgo. Y lo explicó así: "Antes yo podía continuar sufriendo". Usted, Don, dio en el clavo cuando le dijo: "Si todavía estuviera bajo la influencia de ese viejo hábito serías incapaz de pensar como lo haces... tenderías a pensar dentro de un marco mental negativo".

Don, usted respalda completamente a su hija en este nuevo estilo de vida que ella ha elegido: "No tengo dudas. La cuestión ya no me quita el sueño. Creo que es honesta hasta la última fibra y el último nervio de su cuerpo". Gayle, usted también respalda absolutamente a su hija y lo demostró yendo a visitarla a su apartamento y expresándole confianza en su honestidad durante estos dos meses.

Don y Gayle, quiero que sepan que tienen la más maravillosa y admirable de las hijas y que ella tiene unos padres maravillosos y admirables.

Sinceramente, D. E.

Dos meses más tarde, recibí una llamada en plena noche de Don. Estaba bastante alterado y me rogó que fuera a su casa inmediatamente. Otra vez se mostró muy preocupado por la posibilidad de sufrir un ataque de presión. Rápidamente traté de armar el rompecabezas de todo lo que me

contaba. Aparentemente, Patsy les había escrito una carta pocos días antes anunciándoles que compartiría el apartamento con su novio.

Don le había pedido insistentemente a Patsy que los visitara aquella noche y quería que yo estuviese presente. El hombre sentía que en tales circunstancias lo único que le quedaba por hacer era repudiar a su hija. Desvió completamente la atención de Don diciéndole que era un gran error morirse o quedar inválido a causa de un ataque de presión. Don estuvo de acuerdo conmigo en que ni la muerte ni la invalidez podrían ayudarlo mucho en este trance. Algo confundido por el cariz que había tomado la discusión, el hombre aceptó escuchar el argumento de una película que yo había visto recientemente.*

Había en Nueva York una comunidad judía que vivía según estrictas leyes religiosas. Esas reglas no habían cambiado nada desde los tiempos de la Edad Media y habían llegado al Nuevo Mundo desde el centro de Europa. Estos judíos tenían un líder, un zaddik u hombre sabio, que ejercía una enorme autoridad sobre su grey. Lo consultaban prácticamente para decidir sobre cualquier asunto.

El hijo mayor de este hombre fue elegido para sucederle y, de acuerdo con la tradición, recibió una educación muy estricta de su padre, quien lo trataba como si fuera un alumno. Lo obligó a estudiar duramente a fin de que cuando llegara el momento también el hijo pudiera guiar sabiamente el rebaño y nadie se descarriara. Como el hijo menor no había sido elegido, el zaddik sintió que podía ser más cariñoso con él y comportarse en ese caso más como un padre que como un austero teólogo.

El hijo elegido, ya desde temprana edad, comenzó a seguir los pasos de su padre y obtuvo una erudición comparable con la de los hombres maduros. Todo el mundo estaba maravillado con el joven y convencido de que realmente era el elegido. Mientras tanto, el muchachito comenzó a trabar amistad con otros jóvenes de la escuela ajenos a su comunidad religiosa y a interesarse por cuestiones tales como el béisbol y otras actividades cotidianas. Y cuanto más aprendía sobre la vida exterior a su comunidad, más quería saber.

Bueno, todo fue cuestión de tiempo. Cuando el muchacho tuvo 17 ó 18 años se dio cuenta de que se sentía dolorosamente dividido entre el estilo de vida del país del que era ciudadano y aquél para el que había sido elegido. Finalmente juntó valor y conociendo la sabiduría de su padre, se dirigió a ese hombre tan severo. Entre balbuceos, le dijo al zaddik, ese hombre sabio, que no deseaba seguir sus pasos; en realidad quería estudiar psicología en una universidad norteamericana. Ningún padre debe de haber

sentido mayor conmoción por las aspiraciones de su hijo que aquel hombre. Aunque ya había advertido los intereses no religiosos del joven, el hecho de que éste eligiera algo que estaba en contra de aquello para lo que había sido elegido, era algo inaudito y sin precedentes. Su reacción fue decirle al joven que se retirara y regresara dos días después.

El hombre sabio permaneció encerrado en su escritorio sin comer. Tenía demasiado ocupado su espíritu para preocuparse por el estómago o el sueño. El hijo elegido regresó a los dos días, aun más temeroso de la desaprobación y la ira de su padre. El zaddik lo miró con los ojos empañados por las lágrimas que corrían libremente desde su corazón y le dijo: "Hijo, ve tan lejos como debas ir; regresa tan cerca como puedas hacerlo; allí te estaré esperando".

Don y yo permanecemos en silencio por un momento. Entonces él me pidió: "David, ¿puede esperar un momento? Voy a buscar un papel y un lápiz porque quiero anotar eso". Repetí las palabras y Don las anotó textualmente. Y me dijo: "Creo que esto es lo que le voy a decir a Patsy".

Una noche, dos meses después, Don volvió a telefonarme. Mucho menos perturbado que la vez anterior, me contó que Patsy había abandonado su trabajo y que se habían enterado de que el nuevo novio de la joven era un músico de rock; "¡usted sabe lo que eso significa!" Don quería saber qué medidas podía tomar para que Patsy regresara a su trabajo en el instituto geriátrico. Discutimos entonces el hecho de que Patsy ya tenía 19 años, que legalmente era una persona adulta y que, en consecuencia, era responsable por ella y ante ella. Don me contó que aquella noche que yo había estado en su casa Patsy finalmente no apareció. De modo que él decidió enviarle una carta para aconsejarle que fuera tan lejos como debiera y que regresara tan cerca como pudiera. Luego Don continuó contándome que estaba siguiendo activamente un programa de meditación a fin de controlar su presión sanguínea y que las cosas parecían marchar mejor. Ambos nos lamentamos de la indocilidad de la juventud actual pero también coincidimos en creer que Patsy contaba con la suficiente fuerza de carácter para resistir las tentaciones peligrosas y forjarse su propia vida.

*La película *The Chosen*, basada en la novela de Chaim Potok.